El gran retorno

Arthur Machen

Traducción de Dominus

Contenidos

Capítulo 1

El rumor de lo maravilloso

Existen hechos extraños, perdidos y olvidados en las oscuras esquinas del periódico. A menudo pienso que la noticia más extraordinaria que he leído en la prensa fue publicada hace algunos años en diarios londinenses; provino de una agencia de noticias muy conocida y además respetada. Imagino que apareció en todos los periódicos, ya que fue un acontecimiento realmente sorprendente.

Las circunstancias necesarias, no para el entendimiento de este párrafo, ya que eso es muy difícil de lograr, sino más bien para la comprensión de los hechos que lo hicieron posible, son las siguientes: habíamos invadido el Tibet, en ese momento dicho país vivía un profundo caos dentro de su jerarquía y un personaje conocido como Tashai Lama se había refugiado con nosotros en India. Este hombre había peregrinado de un santuario budista a otro y, finalmente, llegó a una montaña sagrada budista, cuyo nombre no recuerdo y, de este modo, la noticia apareció en el periódico de la mañana.

"Entonces Su Santidad Tashai Lama ascendió a la montaña y fue transfigurado". Reuter

Y eso fue todo. A partir de ese día y hasta ahora, aún no he escuchado explicación o comentario alguno sobre este hecho asombroso.

Al parecer no había nada más que agregar, seguramente "Reuter" pensó que esa simple declaración bastaba para dar a conocer los hechos; por lo tanto, había cumplido con su trabajo y era un asunto terminado. Nadie, que yo sepa, escribió a algún periódico para preguntar qué había querido decir Reuter con esas palabras o qué le había sucedido a Tashai Lama. Supongo que no se le dio mayor importancia al tema y, de esta forma, este hecho extraño, si es que realmente ocurrió, fue exhibido sólo por un momento y luego el foco de atención se trasladó hacia otros temas. Este es un ejemplo un tanto exagerado de la manera en que lo maravilloso es proyectado hacia nosotros y luego es envuelto por negros velos para luego ser finalmente disimulado. Sin embargo, he sabido de otros casos: cada cierto tiempo, con intervalos de unos pocos años, han aparecido historias curiosas sobre fenómenos extraños, los cuales se denominan técnicamente poltergeist. Una casa, por lo general una granja abandonada, de pronto es bombardeada de manera infernal: grandes piedras

rompen las ventanas, otras resuenan dentro de la chimenea, todas ellas arrojadas por una mano invisible. Los platos, tazas y platillos salen volando de la alacena y van a estrellarse en medio de la cocina, nadie es capaz de explicar cómo

sucede este fenómeno o   la causa del mismo. En el piso de arriba se escuchan los brincos de la base de la cama y de un par de antiguas cómodas, pareciera que estuvieran ejecutando una alocada pieza de ballet. De vez en cuando dichas actividades alteran a toda una comunidad; a veces un periódico londinense envía a una persona a investigar: el lunes escribe media columna sobre los hechos, el martes redacta un par de párrafos y luego regresa a su ciudad. Finalmente no se ha resuelto misterio alguno, el asunto se esfuma en el aire y a nadie le importa. El relato sigue apareciendo en la prensa durante uno o dos días más y luego desaparece de forma instantánea como un arroyo australiano en las entrañas de la oscuridad. Supongo que es posible que esta singular falta de interés por obtener información sobre estos hechos maravillosos no sea del todo inexplicable; probablemente estos casos en cuestión son, por así decirlo, accidente psíquicos o desventuras. Se supone que no deberían ocurrir o, más bien, manifestarse; estos pertenecen al mundo que se encuentra al otro lado de la cortina negra, y sólo por alguna circunstancia excepcional una esquina de esa cortina es descorrida por un instante, y finalmente vemos lo que ha quedado al descubierto. No obstante, los personajes a los que el señor Kipling llama “Señores de la Vida y de la Muerte” se encargan de que no veamos demasiado. Nos incumben las cosas superiores y las cosas inferiores y, de todas formas, las cosas diferentes, y por lo general, no se supone que debamos distraernos con aquello que de verdad no nos atañe. Evidentemente la transfiguración del Lama y los trucos de los poltergeist no son asuntos nuestros, simplemente nos limitamos a levantar una ceja con desinterés para luego hablar de poesía o de estadísticas.

Cabe destacar que no profeso una ferviente creencia en los hechos que he señalado. Tengo entendido que el Lama, a pesar de lo señalado por Reuter, no experimentó una transfiguración y los poltergeist, a pesar del testimonio del fallecido señor Andrew Lang, podrían ser en realidad obra de la traviesa Polly, una trabajadora agrícola. Sin ir más lejos, no sé si debería justificarme por haber relacionado cada uno de estos casos de lo maravilloso con un párrafo que me llamó la atención el verano pasado, debido a que aparentemente no habría nada extraordinario. De hecho, me atrevo a decir que ni siquiera debería haberlo visto o leído, si no mencionara el nombre de un lugar que alguna vez visité, lo cual me llevó a actuar de una manera extraña e incomprensible. En efecto, estoy seguro de que este particular párrafo merece independencia, incluso si el poltergeist fuera real, simplemente pondría de manifiesto un capricho psíquico de un territorio ajeno a nosotros. Hubo detalles interesantes y mucho más significativos en las líneas relacionadas con Llantrisant, el pequeño pueblo ubicado junto al mar en Arfonshire.

Como a simple vista no se aprecia, debo señalar que he mantenido el texto tal como sigue a continuación para propósitos de fragmentación léxica o corte de palabras:

(Texto original en inglés)

LLANTRISANT.--The season promises very favourably:

temperature of the sea yesterday at noon, 65 deg.

Remarkable occurrences are supposed to have taken place

during the recent Revival. The lights have not been observed

lately. "The Crown." "The Fisherman's Rest."

(LLANTRISANT.-- La temporada se ve muy favorable: ayer al mediodía la temperatura del mar alcanzó los 18 grados. Supuestamente han ocurrido sucesos extraordinarios durante el reciente resurgimiento de estilos o modos de vida del pasado. Últimamente no se han observado luces. "The Crown." "The Fisherman's Rest.")

A partir de mis lecturas habituales de los periódicos puedo afirmar que el estilo empleado es bastante curioso; por ejemplo, se ha utilizado generosamente la figura retórica tmesis o corte de palabra; un experto de Fleet Street se encargó de moderar el entusiasmo desbordado del reportero local, y estos pobres hombres siempre llevan prisa; cabe preguntarse qué significan esas “luces” y cuáles asuntos extraños habrían sido tachados con un poderoso bolígrafo azul y; por lo tanto, reducidos a su más mínima expresión.

Ese fue mi primer análisis y, luego pensando aún en Llantrisant, en cómo lo descubrí, en que este hecho me pareció extraño, leí nuevamente el párrafo y diría que fue penoso darme cuenta de la explicación obvia. De momento había olvidado que era época de guerra, que los miedos, rumores y amenazas relacionadas con las señales traidoras y las luces parpadeantes eran algo común tanto en tierra como en mar. Sin duda, alguien debió haber observado inocentes ventanas de casas rurales y tragaluces descuidados de casas de huéspedes: éstas eran las luces que no se habían visto últimamente.

Con el tiempo descubrí que el corresponsal de Llantrisant no había pensado en dichas luces engañosas, sino en algo muy distinto. A pesar de esto, me pregunto qué es lo que sabemos, porque él perfectamente se podría haber equivocado: “la gran rosa de fuego” que salió de las profundidades bien podría haber sido la portilla de un barco de cabotaje. Cabe preguntarse si existe la posibilidad de que la luz saliera proyectada desde alguna ventana de la vieja

capilla situada sobre el promontorio; o si era la luz de la lámpara del doctor Sarnau a muchos kilómetros de distancia. Últimamente he tenido maravillosas oportunidades de analizar las bondades de decir mentiras, de manera consciente o inconsciente, y en efecto, a través de ellas, pueden llevarse a cabo las proezas más increíbles. Si me inclino por la explicación menos probable de “las luces” de Llantrisant, es

porque ésta me parece bastante congruente con los “hechos extraordinarios” descritos en el párrafo del periódico.

Por una parte, si los rumores, los chismes y las habladurías son tonterías a las que no se les presta suficiente atención y finalmente se prescinde de ellas; por otra parte, la evidencia es evidencia, y cuando una pareja de cirujanos destacados afirma que hubo “un tipo de resurrección de la carne”, tal como sucedió en el caso de Olwen Phillips de Croeswen, Llantrisant, no es muy inteligente negar la existencia de estos hechos. Esta joven padecía una tuberculosis muy avanzada, se encontraba a las puertas de la muerte, ahora goza de muy buena salud. Entonces, no creo que la rosa de fuego sea simplemente la luz de un barco, engrandecida y transformada por la percepción de los soñadores marineros galeses.

Sin embargo, he avanzado muy rápido en mi relato y aún no he podido establecer la fecha precisa de la publicación de este párrafo; por lo tanto, no tengo certeza del día exacto de su aparición en la prensa, pero debe haber sido entre la segunda y tercera semana de junio; lo recorté, en parte porque hablaba de Llantrisant y, en parte, por los mencionados “hechos extraordinarios”. Tengo un gran interés por estos temas, aunque mi principal desventaja es que requiero evidencia que los sustente antes de darles algún tipo de crédito. Espero de todo corazón que llegue el día en que sea capaz de elaborar algún tipo de esquema o teoría al respecto.

Mientras tanto, como medida temporal, sostengo lo que denomino la doctrina del rompecabezas, es decir, este hecho extraordinario, ese otro y otros nuevos fenómenos podrían carecer de importancia y, de hecho, ser bastante irrelevantes. La coincidencia, el azar y las causas indescifrables desplegarán, de vez en cuando, nubes con forma de inconfundibles fieros dragones, de papas que se asemejan de manera exacta a la fisonomía de ilustres hombres de estado y de rocas que guardan cierto parecido con águilas y leones; todo lo anterior desaparece en el momento que usted obtiene el conjunto de formas extrañas y descubre que éstas encajan unas con otras y que, finalmente, todas ellas forman parte de un gran diseño. En ese preciso momento la investigación se torna interesante y, en efecto, sorprendente, ya que una forma extraña confirma la otra y todo el plan exhibido justifica, corrobora y explica separadamente cada pieza .

Aproximadamente una semana o diez días después de que leí el párrafo sobre Llantrisant y que lo recorté, recibí una carta de un amigo que estaba de vacaciones en dicho lugar; me escribió: “Sé que te interesará saber que se están llevando a cabo prácticas rituales aquí en Llantrisant. El otro día fui a la

iglesia y en vez de oler a cripta húmeda como siempre, apestaba, sin lugar a dudas, a incienso”.

Sé mucho más que eso, el antiguo pastor era un evangélico de firmes convicciones, que un día habría preferido quemar azufre en su iglesia que incienso; por ende, no pude terminar mi informe y unas semanas después me dirigí a Arfon con el propósito de investigar este hecho extraordinario y muchos otros fenómenos que ocurrían en Llantrisant.

Capítulo 2

Las esencias del Paraíso

Me dirigí a Arfon donde sus habitantes disfrutaban el fragante aroma del maravilloso verano que florecía en medio del calor. En Londres no había tal clima, parecía que el horror y la furia de la guerra se hubiesen trasladado a los cielos para establecer allí su reino de manera permanente. En las mañanas el sol quemaba la ciudad emitiendo un calor abrasador y agobiante, pero luego una horrible capa de espesas nubes se enrollaría hacia todas las esquinas del cielo y a primeras horas de la tarde se oscurecería la atmósfera con una tormenta de truenos, relámpagos y lluvia furiosa que caería sobre las calles. En realidad, el tormento del mundo se concentraba en el clima londinense. Las vestiduras de la ciudad eran horribles, había miedo en nuestros corazones y por fuera nos envolvíamos en nubes negras y fuego violento.

Es verdad que no puedo describir con palabras la absoluta paz que reina en las costas galesas de donde provengo. Con semejante cambio, creo se percibe fácilmente una especie de figura que representa de manera gráfica el paso de los desasosiegos y los miedos de la tierra a la paz del paraíso. Una tierra, que parecía estar sumida en un sueño feliz y sagrado, un mar que durante todo el tiempo cambiaba de tonalidad: de olivino a esmeralda, de esmeralda a zafiro, de zafiro a amatista, que bañaba en espuma blanca las bases de rocas firmes y grises y los enormes bastiones carmesíes que ocultaban las bahías y las entradas de las aguas occidentales; a esta tierra vine, y a las hondonadas moradas con olor a tomillo silvestre, espléndidamente pobladas con flores pequeñas y exquisitas. Hubo bendición en la centaurea, gracia en la eufrasia, alegría en la calceolaria, y así se refrescaban los ojos cansados observando las pequeñas flores y las felices abejas que las rodeaban, ahora sobre el espejo mágico de la profundidad, cambiando de una maravilla a otra con el paso de grandes nubes blancas, con el brillo del sol. Y los oídos, desgarrados por sonidos estridentes, bullicio e inactividad, ruido vacío, eran tranquilizados y aliviados por el murmullo incesante, indecible e inefable, a medida que se movían las mareas de un lado a otro, emitiendo voces vacías poderosas dentro de las cavernas de las rocas.

Durante tres o cuatro días descansé, tomé sol, percibí el aroma de las flores y el sabor del agua salada y tras sentirme revitalizado, recordé que sucedía algo

extraño digno de ser investigado en Llantrisant; no pensaba descubrir gran cosa, pues se sabía que había

descartado las extrañas teorías sobre las luces expuestas por el reportero o el inspector, basándome en que seguramente se trataba de personas con ataques de pánico por haber divisado al enemigo, que por cierto había lanzado torpedos a uno o dos barcos en la costa cercana a la isla de Lundy del Canal de Bristol. Todos los antecedentes con que contaba eran: la referencia a ciertos “hechos extraordinarios” que ocurrieron durante el resurgimiento de estilos o modos de vida del pasado, la carta de Jackson, la cual hablaba de la iglesia de Llantrisant, que apestaba a incienso, un estado de las cosas totalmente imposible y difícil de creer. Cabe preguntarse por qué el anciano señor Evans, el pastor, veía las estolas de colores como las túnicas mismas de Satanás y de sus ángeles, objetos muy preciados para el corazón del Papa de Roma. Sin embargo, en cuanto al incienso, como ya lo había observado con familiaridad, lo conocía bastante bien.

No obstante, como hechos concretos, quizás no tienen valor alguno: cuando fui a Llantrisant, el lunes 9 de Agosto, visité la iglesia y aún estaba envuelta en exquisitas fragancias de desconocidas resinas quemadas.

Sucede que tuve un breve encuentro con el pastor, un anciano cortés y encantador, y en mi última visita nos topamos en el cementerio de la iglesia. Yo contemplaba la espléndida cruz celta erigida en ese lugar. Además de la exquisita belleza de su entrelazado ornamento, posee una inscripción en Ogham en uno de sus extremos relacionada con una bien conocida disputa; es realmente una de las cruces más famosas del Renacimiento Céltico. Yo diría que el señor Evans me sorprendió observando la cruz, se acercó y comenzó a hablarme, a mi que soy un forastero. Su relato fue un tanto dudoso e impreciso. Descubrí posteriormente, que se trataba de diversas discusiones y dudas que habían surgido en torno al significado exacto de la inscripción. Me entretuvo con una creencia suya irrefutable, pero secreta: las letras del sistema de escritura Ogham se debían, en realidad, a las travesuras infantiles, al clima y al paso de los años; luego le consulté acerca del tipo de piedra con la cual se había hecho la cruz y sorpresivamente se iluminó su rostro. Empezó a hablar sobre geología y, pienso que, demostró que la cruz o el material empleado para su construcción provenían de la costa sudoeste de Irlanda y que habían sido transportados directamente a Llantrisant, lo cual me pareció interesante, debido a la curiosa evidencia de las migraciones de los santos celtas, a quienes el pastor consideró buenos protestantes, lo cual me encantó escuchar, aunque él tenía dudas respecto al tema de las cruces. A lo largo de nuestra conversación tuve que ceder en algunos puntos, finalmente logramos congeniar muy bien. Así, con todos estos aspectos positivos a mi favor, me animé a visitarlo.

Lo encontré cambiado, esto no guardaba relación con la edad, puesto que su

aspecto era bastante jovial, había un brillo especial en su rostro y una expresión cercana a la alegría de la cual no había sido testigo anteriormente y que sólo he visto en muy pocos rostros masculinos; por supuesto, hablamos de la guerra, ya que es un tema que no debe ser

soslayado, de las perspectivas económicas agrícolas del condado, de otras cosas en general, hasta que me aventuré a comentarle que había estado en la iglesia y que me había sorprendido el aroma a incienso que envolvía dicho lugar.

Le pregunté: ¿Hizo algunos cambios en el servicio religioso después de mi última visita?
¿Usa incienso ahora? El anciano me miró extrañado y titubeó.

"No, contestó, " No ha habido cambios. No uso incienso en la iglesia. Por ningún motivo me atrevería a hacer tal cosa".

Pero yo ya había comenzado a decirle: "Parecía que recién se hubiese celebrado una misa tridentina solemne cantada y ..."

Él me interrumpió y la expresión de su rostro adquirió tal seriedad que me provocó una impresión tan fuerte, que casi me deja perplejo.

Él dijo: "Sé que usted es un blasfemo", y esta frase tan potente salió de los labios de este anciano afable. Dicha frase me impactó tanto que me dejó sin palabras. Y continuó: "Usted es un blasfemo, un blasfemo amargado; he leído sus artículos y conozco su desprecio y odio por aquellos a los que irónicamente llama protestantes: aunque su abuelo, el Vicario del pueblo de Caerleon, situado en la ribera del río Usk, se llamó a sí mismo protestante y se sentía orgulloso de ello y su tío abuelo Hezekiah, el sacerdote comunista de Castletown, fue un gran miembro de la comunidad metodista en su época y la gente asistía en tropel cuando él administraba los sacramentos. Yo nací y me crié en Glamorganshire y los ancianos de esta localidad me contaron con emoción del llanto y contrición que había en el preciso instante en que el sacerdote comunista partía la hostia y levantaba el cáliz, pero usted es un blasfemo y sólo ve lo superficial y lo extravagante. Usted no es digno del misterio que ha ocurrido en nuestra comunidad".

Me alejé de su presencia, en efecto, fui reprendido duramente, creo que fue justo lo que merecía; sin embargo, no podía salir de mi asombro. Se dice que los galeses son una sola persona, casi una sola familia, lo cual es un antecedente bastante curioso, que los ingleses no pueden comprender, pero nunca pensé que este anciano pastor podría conocer a mis antepasados y sus obras; en cuanto a mis artículos y otros trabajos, sé que a veces el clero lee, pero consideraba que mis declaraciones eran muy desconocidas en Londres y todavía más en Arfon.

No obstante, así ocurrieron los hechos y me quedé sin la explicación del pastor de Llantrisant sobre la circunstancia extraña de que la iglesia estuviera envuelta en la fragancia del incienso y los aromas del paraíso.

Recorrí todo Llantrisant, llegué al puerto, el cual es un pequeño lugar, con pequeños muelles donde aún perdura el pequeño comercio de cabotaje. Un bergantín permanecía anclado en el puerto, a pleno sol lo cargaban lentamente con antracita; cabe señalar que una de las rarezas de Llantrisant es una mina de carbón situada en el corazón del bosque sobre la ladera de una colina. Crucé un arrecife que separa el puerto exterior del puerto interior y se asienta en una playa rocosa escondida debajo de una frondosa colina. La marea comenzaba a bajar y algunos niños jugaban en la arena mojada, mientras dos señoras, sus madres, supongo, hablaban sentadas cómodamente sobre unas mantas a poca distancia de mi persona.

En un primer momento hablaban de la guerra, yo me hice el sordo, ya tengo más que suficiente con oír hablar del tema en Londres; luego, hubo un período de silencio y el diálogo había girado hacia otros asuntos bastante diferentes cuando pude retomar nuevamente el hilo de la conversación. Yo estaba sentado sobre el borde de una gran roca y pienso que las señoras no se deben haber percatado de mi presencia. Sin embargo, aunque hablaban de cosas extrañas, no era necesario que diera a conocer que yo estaba cerca de ellas.

Una de ellas decía: “ Y después de todo” , “¿De qué se trata? No puedo dilucidar lo que ha llegado a las personas”.

Esta mujer era de Gales, la reconocí por el énfasis recargado en cada una de las consonantes y un tenue indicio de su acento. Su amiga venía de Midlands, Inglaterra, se habían conocido hace pocos días. Su amistad se reducía a la playa y a las zambullidas en el mar, tales amistades son comunes en pequeños lugares costeros.

“Existe algo verdaderamente peculiar en la gente de Llantrisant. Nunca había estado antes en este lugar; de hecho, esta es la primera vez que visito Gales durante nuestras vacaciones. No conozco las costumbres de sus habitantes, tampoco estoy acostumbrada a escuchar el acento gales. Pienso que quizás se trata de mi imaginación. ¿No crees que de verdad ocurre algo raro?”

“Puedo decirte lo siguiente: He estado indecisa respecto a si debería decirle o no a mi esposo que viniera a buscarme junto con los niños. Sabes que me hospedo en casa de la señora Morgan y la sala de estar de la familia Morgan

queda justo al otro lado del pasillo,

y como a veces dejan la puerta abierta, puedo escuchar claramente lo que ellos dicen. Como ves entiendo el galés, aunque no he aprendido este idioma y les he escuchado mencionar los asuntos más alarmantes”.

“¿Qué tipo de asuntos?”

“Bueno, en realidad, se trata de algún tipo de servicio religioso, pero sé que no está relacionado con la Iglesia de Inglaterra. El señor Morgan da inicio a esta ceremonia y su esposa y los niños le contestan. Dicen más o menos lo siguiente: ‘Bendito sea Dios por los mensajeros del Paraíso’. ‘Bendito sea su nombre por el Paraíso de la carne y la bebida’. ‘Gracias por la antigua ofrenda’. ‘Gracias por la aparición del antiguo altar’. ‘Alaben la alegría del antiguo jardín’. ‘Alaben el regreso de aquellos que estuvieron ausentes durante mucho tiempo’. En fin, ese tipo de asuntos. Creo que esto es simplemente locura”.

“Depende, dijo la señora oriunda de Midlands, Inglaterra, “No hay nada de malo en ello. Son disidentes, me atrevo a decir que pertenecen a alguna nueva secta, sabes que algunos disidentes tienen costumbres muy extrañas.”

“Esto no tiene nada que ver con los disidentes que he conocido durante mi vida”, contestó con vehemencia la señora oriunda de Gales, su entonación era un poco distinta a la habitual. “¿Los has escuchado hablar de la luz brillante que sale de la iglesia?”.

Capítulo III

Un secreto en un lugar oculto

Ahora me encuentro confundido y a la vez bastante desconcertado. Los niños se entrometieron en la conversación de las dos señoras y la interrumpieron justo en el momento en que tocaban el tema de las luces que salían de la iglesia a medianoche, luego los niños regresaron gritando a la arena y la charla giró hacia otros tópicos. Más tarde, la señora Harland y la señora Williams se encontrarían a salvo en casa, cuidando a Janey de su sarampión y aplicando un tratamiento muy eficaz para el dolor de oídos infantil, como se observó en el caso de Trevor. Era evidente que ya no iba a obtener mayor información sobre el asunto, de manera que decidí irme de la playa, crucé el arrecife que separa los dos puertos y bebí cerveza en "Fishermen's Rest" hasta que fue hora de emprender el regreso a Penvro, lugar donde me hospedaba, para ello era necesario recorrer aproximadamente tres kilómetros de un largo y estrecho camino en subida y luego tomar un tren. Transité por dicho camino, diría que me encontraba en un estado de continuo asombro, que en realidad no era tal, pienso que se debía a las evidencias e indicios de fenómenos extraños a los sentidos como el aroma del incienso en un lugar donde esta resina no se había quemado por más de tres siglos o el relato de la luz resplandeciente que sale de la iglesia oscura y cerrada en medio de la noche, y también, se debía a la frase de agradecimiento: “Bendito sea su nombre por el Paraíso de la carne y la bebida”.

El sol comenzó a esconderse para dar paso al atardecer, mientras yo subía por el empinado camino en medio de espesos bosques y altas praderas, la fragancia de la vegetación salía de la tierra y del corazón de la madera, más adelante se desviaba el sendero y se podía apreciar el destello brumoso del mar tranquilo y mucho más adelante su murmullo profundo sonaba como si lavara la pequeña bahía cerrada y escondida donde se emplaza Llantrisant. Y pensé: si existe un paraíso en la comida y la bebida, con mayor razón debe existir uno en el aroma de las hojas verdes al atardecer, en la contemplación del mar y en el enrojecimiento del cielo; y experimenté una visión del mundo real y de nosotros y, al mismo tiempo, de un lenguaje que era secreto solamente porque no nos tomaríamos la molestia de escucharlo y de reconocerlo.

Casi oscurecía cuando llegué a la estación y habían unas pocas lámparas de aceite encendidas brillando tenuemente en aquella tierra solitaria, donde existen grandes distancias entre una y otra granja. El tren venía en camino, lo abordé y cuando partíamos de la estación, divisé a un grupo de personas

debajo de una de esas lámparas. Una mujer y su hijo pequeño habían llegado a la estación y eran recibidos por un hombre que los

esperaba. No vi bien su rostro cuando me encontraba en la plataforma, pero me di cuenta de que señalaba la colina que conduce a Llantrisant, lo cual me atemorizó un poco.

Diría que él era un hombre joven, un hijo de trabajador agrícola, vestido con ropas color marrón, de textura áspera. No guardaba semejanza alguna con el anciano señor Evans, el pastor, ellos eran tan distintos como un hombre puede serlo de otro. Sin embargo, su rostro bajo la luz de la lámpara presentaba el mismo brillo que había en el rostro del pastor. Era un rostro iluminado que expresaba una alegría inefable, pienso que más bien este hombre irradiaba luz a la lámpara de la plataforma en lugar de lo contrario. Deduzco que la mujer y su hijo pequeño eran forasteros y venían a visitar a la familia del hombre joven. Antes de verlo se miraban perplejos, casi alarmados; y luego, el rostro de este hombre era resplandeciente a la vista de la mujer y del niño. Me dio la impresión de que todos sus problemas habían llegado a su fin. Una estación localizada al borde del camino, un pueblo que cada vez se veía más aterrador y parecía que hubiesen sido recibidos por la alegría inmortal deslumbrante, incluso que hubiesen llegado al paraíso.

No obstante, aunque me parecía que era sólo luz, yo mismo me sentía bastante desconcertado. En realidad, percibía que algo extraño había sucedido o estaba sucediendo en el pequeño pueblo escondido bajo la colina, pero hasta ahora no había pista alguna sobre el misterio, o quizás, la tuve en mis manos y no supe seguirla, porque no me di cuenta de las señales, puesto que en algunas ocasiones somos distraídos y no nos detenemos a juzgar si un hecho es increíble o no, aunque tengamos la evidencia ante nuestros ojos. El diálogo que sostuvieron la señora Williams, oriunda de Gales con su amiga inglesa me debía haber guiado en la dirección correcta, pero éste se encontraba fuera de mis posibilidades de entendimiento. El paleontólogo podría descubrir marcas significativas excesivamente grandes en el cieno de la orilla de un río, por el contrario, él nunca sacaría la conclusión a partir de lo que pareciera sugerirle su propia y extraña ciencia; él escogería cualquier otra explicación menos lo que es obvio, debido a que reconocerlo sería también una situación incómoda, según nuestros hábitos de pensamiento establecidos, los cuales consideramos definitivos.

Al día siguiente, me trasladé a cierto lugar que conocía, cercano a Penvro para reflexionar sobre todos estos fenómenos extraños. Estaba en el proceso de armar el rompecabezas, o quizás, más bien, sólo contaba con unas pocas piezas y para continuar se presentaba la siguiente dificultad: aunque las marcas en cada pieza parecían tener diseño e importancia, aún no podía aventurarme a hacer conjeturas con poco fundamento en cuanto a la naturaleza de la visión global. Había visto con claridad la existencia de un gran secreto, lo vi reflejado en el rostro del joven trabajador agrícola en la plataforma de la estación de trenes de Llantrisant, todo el tiempo tenía su

imagen en mi mente, estaba envuelto en luz, recorría el camino serpenteante, empinado y oscuro que conducía al pueblo y al mar en medio de espesos bosques.

Sin embargo, había confusión en este pensamiento, ya que se mezclaban ideas como la iglesia perfumada, los fragmentos de las conversaciones que había escuchado y el rumor de la luminosidad de la medianoche. Aunque es cierto que Penvro no es un lugar populoso, pensé ir a cierto lugar solitario llamado Old Camp Head, con vista a Cornwall y a las grandes profundidades ondulantes que se extienden más allá de Cornwall hasta los confines del mundo, un lugar donde los fragmentos de los sueños podrían ser reunidos y finalmente conformarían la claridad de una visión.

Han pasado algunos años desde la última vez que estuve en Old Camp Head, aquella vez y en una ocasión anterior había llegado a través de The Cliffs, un camino difícil y accidentado. Esta vez escogí un camino interior, que el mapa del condado parecía justificar, aunque dudosamente, en lo que se refería a la última parte del viaje. Seguí las indicaciones, pasé, bajo un sol inclemente, por un cruce de vías hasta que finalmente llegué a un camino en el que se podía apreciar un césped muy bien cortado, pero más adelante su aspecto se descuidaba notoriamente, luego en las zonas altas ya no había hierbas. Accedí a la entrada de un cerco de viejos espinos, en todo el campo se encontraban señalizaciones poco demarcadas de una autopista. Se podría deducir que las personas no transitaban muy a menudo por esa ruta.

Era un terreno elevado, pero no se divisaba el mar. No obstante, la brisa marina mecía el cerco de espinos y llegaba con un sabor intenso a las fosas nasales. La superficie del terreno se inclinaba ligeramente a partir de la entrada y luego se elevaba nuevamente hasta un monte donde se situaba una granja. Pasé cerca de esta granja trazando un camino incierto, luego seguí dudosamente esta ruta hasta llegar a un seto y repentinamente apareció ante mis ojos Old Camp Head y un poco más adelante, una planicie de aguas color záfiro y la niebla que delimita el punto donde convergen el mar y el cielo. Bajo la colina escarpada se extendía un terreno de gloriosos brezos de suaves tonos púrpura y rojo oro, y tojos en flor, éste descendía en una hondonada que lucía abundantes helechos verdes y terminaba frente a un mar de brillo tenue; más allá de la hondonada se alzaba el césped, baluarte situado en la cumbre junto con los antiguos muros imponentes de Old Camp Head; circunvalaciones redondeadas de color verde, muros rodeados por otros muros, enormes y antiquísimos.

En estos montículos verdes y suaves con vista a aguas refulgentes, que varían de tonalidad debido a la luz del sol, saqué el pan, el queso y la cerveza que traía en el bolso, comí y bebí, encendí la pipa y me dediqué a analizar los misterios de Llantrisant. Apenas había comenzado esta tarea cuando, para mi disgusto, apareció un hombre, éste había subido por los peñascos cubiertos de hierba, se sentó cerca mío, miraba el mar. Me observó, asintió a manera de

saludo y comenzó el discurso así: “Es un buen clima para la cosecha”, se acomodó y me dio una larga y tediosa conversación. Parecía ser oriundo de Gales, pero venía de una zona rural alejada, se hospedaba por unos días donde

familiares, precisamente en la granja por donde yo había pasado antes de llegar a Old Camp Head. Este hombre hablaba sobre temas triviales, para su placer y para mi aburrimiento, hasta que salió el tema de Llantrisant y sus curiosidades. A partir de ese momento empecé a escucharlo con entusiasmo, a continuación resumiré los hechos que me relató, aunque cabe señalar que su narración es de segunda fuente, ya que la había escuchado de labios de su primo, el trabajador agrícola.

Se dice que hubo una larga disputa entre un abogado de Llantrisant: Lewis Prothero y un trabajador agrícola llamado James. Reñían por una tontería que se había agrandado con el paso del tiempo, tanto así que las dos partes habían olvidado el origen del pleito y, de alguna manera, que no comprendí bien, el abogado tenía al dueño de la propiedad en un puño. Tengo entendido que James había entregado un contrato de venta en una mala época y Prothero había comprado la casa. Finalmente el trabajador agrícola fue expulsado de la propiedad y terminó viviendo en una cabaña. La gente decía que él debería haber regresado como trabajador a su propio campo. Lamentablemente cayó en la miseria, inspiraba compasión. Se pensaba que si este hombre llegaba a encontrarse con el abogado, lo más probable es que le diera muerte.

En efecto, James y Prothero se encontraron en el mercado de Llantrisant un sábado de junio. El trabajador agrícola era un hombre de raza negra y de baja estatura, éste hombre lanzó un grito de ira cuando vio al abogado y la gente corrió hacia él para apartarlo de Prothero.

Este abogado, como me dijeron, era un hombre alto, musculoso de mandíbula grande y boca amplia, de rostro enrojecido y bigote rojo, ese día vestía un abrigo negro y sombrero de copa alta, se decía que siempre llevaba consigo mucho dinero. Ese día cayó arrodillado sobre la polvorienta calle mirando de frente a Philip James, todos los testigos se daban cuenta de su expresión de terror. Le pidió perdón a Philip James, le rogó misericordia, se lo imploró por Dios, por el prójimo y por los santos del paraíso. Mi primo, John Jenkins, Penmawr, me contó que Lewis Prothero lloraba a mares y que sacó la escritura de Pantyreos, la antigua granja de Philip James, de su bolsillo y le devolvió la granja, cien libras por las mercancías que habían allí y doscientas libras en efectivo a modo de reparación e indemnización por el mal causado.

“Y luego, según lo que me dijeron, la gente se volvió loca, gritaba y lloraba, clamaba todo tipo de cosas. Finalmente, la multitud se dirigió al cementerio de la iglesia y allí Philip James y Lewis Prothero se juraron amistad eterna frente a la antigua cruz y la gente entonó himnos de alabanza. Mi primo afirmó que habían personas en esa multitud que él jamás había visto en toda su vida en

Llantrisant, su corazón se había sacudido como si él se hubiese visto inmerso en un torbellino”.

Escuché todo esto en silencio y luego le pregunté: “¿Qué quiso decir tu primo? Hombres que nunca había visto en Llantrisant. ¿Qué hombres?”

“La gente” dijo muy lentamente, “Llámelos Los Pescadores”.

Repentinamente vino a mi pensamiento “El Rico Pescador”, quien en la antigua leyenda custodia el Santo Grial.

Capítulo 4

El tañido de la campana

Hasta ahora no he realizado comentarios sobre el conjunto de sucesos acaecidos en Llantrisant, sino más bien, me he concentrado en el relato de cómo di con estos hechos y cómo me vi involucrado en los mismos. Me sentí perplejo y totalmente desorientado, buscaba algo, pero aún no sabía lo que buscaba, a veces me sentía desconcertado por las circunstancias a las cuales no les encontraba explicación, quizás no era tan necesaria la clave del enigma, sino la clave de la naturaleza del mismo. No se puede comenzar a armar un rompecabezas hasta que no se sabe de qué se trata. Hace mucho tiempo un erudito en matemática me dijo: “La división de kilómetros en horas no me hará obtener cerdos, ovejas ni bueyes”. Él tenía razón, aunque su manera de expresarlo en esta ocasión y en otras anteriores no era en absoluto amable. Bueno, ya he hablado suficiente sobre mi proceso personal, a continuación me referiré a lo sucedido en Llantrisant el verano pasado, esta es la historia que conseguí armar finalmente.

Al parecer todo comenzó a principios de junio pasado, era un día caluroso, calculo que debe haber sido el primer sábado del mes. La señora Parry, quien era una anciana sorda, vivía sola en una cabaña a un par de kilómetros del pueblo. Ella visitó el mercado muy temprano ese sábado por la mañana, experimentaba emociones muy intensas. Tan pronto como había ocupado su puesto de venta habitual, con sus patos, huevos y papas, ubicado frente al cementerio de la iglesia, empezó a decirles a sus vecinas que había escuchado el sonido de una gran campana. Las buenas mujeres se miraban y sonreían burlonamente a espaldas de las señora Parry, la criticaban con dureza. La señora Williams, de Penycoed, se inclinó y gritó: “¿Qué campana sería esa, señora Parry?” No hay ninguna iglesia cerca de usted en Penrhiw. La señora Williams le comentaba en voz baja a la señora Morgan: “¿Se da cuenta de las incoherencias que ella dice? Como si ella pudiera escuchar alguna campana”.

Para la gran sorpresa de las dos mujeres, la señora Parry les contestó: “¿A qué se refiere con incoherencias? Puedo escuchar una campana tan bien como usted, señora Williams, así como también sus murmuraciones.”

Y existe el hecho, sin cuestionamientos, aunque las conclusiones sacadas a partir del mismo puedan originar una serie interminable de debates. Esta anciana que había sufrido sordera durante veinte años, mal que había estado siempre presente en su familia, de pronto podía escuchar como cualquier

persona sana en esta mañana de junio. Sus dos

viejas amigas la miraban fijamente, pero pasó algún tiempo antes de que la Señora Parry aplacara su rabia y accediera a hablar sobre el tema de la campana.

Había ocurrido a primeras horas de una mañana con mucha niebla. La señora Parry había estado recogiendo salvia de su jardín situado en una colina redondeada con vista al mar. Y llegó a sus oídos una especie de vibración, una melodía, un estremecimiento, “como si fuera música que sale de la tierra”, y entonces algo pareció romperse en su cabeza; los pájaros comenzaron a cantar entonando una melodía en conjunto, las hojas de los álamos se movían producto de la brisa marina, un gallo cantó muy lejos, en Twyn, y un perro ladró en Kemeys Valley, pero por sobre todos estos sonidos, que no se habían escuchado durante muchos años, la profunda nota vibratoria de la campana emocionaba, como “si la campana y la voz de un hombre cantasen al unísono.”

Seguían mirando fijamente a la señora Parry y luego las dos amigas se miraban entre sí. Una de ellas preguntó: ¿De dónde venía el sonido? La señora Parry contestó muy tranquilamente: “Venía navegando por el mar”, “y lo escuchaba cada vez más cerca de la tierra”.

La señora Morgan dijo: “Bueno, entonces era la sirena de un barco, aunque no puedo explicar por qué sonaba de esa manera.”

La señora Parry le contestó: “No era la sirena de un barco, señora Morgan”.

La señora Morgan preguntó: “¿Entonces, de dónde piensa que venía el sonido?”

"Nele praasoí”, contestó la señora Parry, que significa “en el Paraíso” y las señoras cambiaron rápidamente el tema de conversación. Pensaban que la señora Parry había recuperado nuevamente su audición, esas cosas sucedían de vez en cuando, y que la conmoción la había dejado “un poco perturbada”. Sin lugar a dudas, esta explicación habría tenido credibilidad, si no fuera por otras experiencias. De hecho, el doctor del pueblo, que había tratado a la señora Parry durante doce años por una tos crónica y cansadora que se presentaba cada invierno y no por su sordera, ya que la consideraba incurable, había enviado un informe del caso a un colega de Bristol, por supuesto había omitido cualquier referencia al Paraíso. El médico de Bristol opinaba que los síntomas eran bastante predecibles. Escribió lo siguiente: “Nos encontramos ante un repentino quiebre de una antigua obstrucción en el canal auditivo, me temo que éste será acompañado de un tinnitus intenso y severo.”

En cuanto a esas otras experiencias, cabe señalar que la mañana dio paso al mediodía en el mercado central, era un luminoso día de verano, corrían muchos rumores en todos los puestos del mercado, y en la calle los rostros de la gente mostraban expresiones de asombro. Ya sea en una granja apartada,

ya sea en otra granja, hombres y mujeres entregaban su testimonio de cómo habían escuchado, emocionados, muy temprano por la

mañana, el sonido alucinante de una campana que no se parecía a ninguno escuchado antes.

Al parecer mucha gente del pueblo se había levantado en medio del sueño, no sabían cómo había ocurrido esto, se despertaron, uno de los habitantes afirmó: “Sentíamos como si estuviesen sonando campanas, un órgano, y además un coro de dulces voces cantando al unísono, estas melodías y canciones llenaban de alegría nuestros corazones.”

Poco después de mediodía regresaron algunos pescadores que habían estado trabajando durante toda la noche anterior, trajeron al pueblo la maravillosa historia de lo que habían escuchado en medio de la neblina. Uno de ellos afirmó haber visto algo cerca de su bote, este hombre dijo: “Era dorado y brillante”, “Había grandeza en ello”. Otro pescador manifestó: “La canción que se escuchaba en el mar era celestial”.

En este punto, haré un breve paréntesis para relatar que cuando regresaba al pueblo, decidí buscar a un antiguo amigo mío, un hombre que ha dedicado toda su vida a los estudios esotéricos y a fenómenos extraños. Pensé que le podía interesar mucho esta historia; sin embargo, me equivoqué, ya que me escuchó con total indiferencia. Recuerdo que le dije, cuando llegué al punto de la historia de los marineros, “Dime, ¿Qué conclusiones sacas al respecto?”, ¿No piensas que es muy curioso todo? Él me contestó: “Creo que no”. Probablemente los marineros mintieron, probablemente todo sucedió cómo ellos decían. Bueno, ese tipo de cosas siempre han ocurrido.” Esta es la opinión de mi amigo, no haré comentarios al respecto.

Cabe destacar que hubo detalles significativos en cómo se percibió el supuesto sonido de la campana. Sin duda, existen incógnitas respecto de este sonido, así como también, en todo ámbito de cosas. De hecho, tengo conocimiento de que dentro de la serie de horribles atrocidades ocurridas en Londres durante este otoño, hubo un caso de estallido de bomba escuchado solamente por una anciana sorda, que vivía en un enorme edificio de viviendas para gente trabajadora, se sabe que antes del momento de la explosión, ella dormía profundamente. Esto ya es muy extraño para un sonido que era completamente de orden natural (y horrible). Y en Llantrisant, el sonido era bien una alucinación auditiva colectiva, o bien una manifestación de lo que conveniente y erróneamente se denomina orden sobrenatural.

La emoción provocada por la campana no llegó a todos los oídos, ni a todos los corazones, la señora Parry, que es sorda, la escuchó en el jardín de su solitaria

cabaña con vista a un mar brumoso. Un niño pequeño de apenas tres años, de una granja de la

parte occidental de Llantrisant, fue el único de su grupo familiar, compuesto por diez personas, que logró percibirla, lo manifestó en un lenguaje balbuciente, propio de su edad, fue algo más o menos así: "¡Ande tana, Ande tana!" (¡Las grandes campanas, las grandes campanas!), y su madre se preguntaba de qué estará hablando. De los tripulantes de media docena de barcos para pesca de arrastre que se mecían en el mar brumoso, sólo cuatro personas podían ofrecer algún tipo de testimonio. Y entonces, durante una o dos horas la persona que no había escuchado sonido alguno sospechaba de su vecino, quien había escuchado embustes fascinantes. Pasado algún tiempo la evidencia obtenida de diversos y remotos sectores convenció a la gente de que se trataba de una historia real. A podría sospechar que B, su vecino, había inventado un cuento, pero cuando C, que vive en algún lugar remoto situado en una colina a unos cinco kilómetros de distancia, y D, el pescador que está en alta mar, coinciden en una versión similar, se deduce que de verdad sucedió algo.

Aún así, se comentaba que las señales vistas en las personas eran más extrañas que las mismas historias contadas por ellas o que las historias que circulaban entre ellas. Me causa mucha extrañeza que muchos de mis lectores se rían de algunas de mis frases y que éstas sean consideradas como invenciones fantasiosas y pobres, por ejemplo, me dirán: no hable de que "La canción era celestial" o de que "Había grandeza en ello". Me atrevo a plantear que estas críticas serían más justas si yo estuviera interpretando a pescadores ingleses, pero aunque pueda sonar extraño, Gales todavía conserva los últimos vestigios de su idioma más clásico. Y debe recordarse que en la mayoría de los casos, dichas frases se han traducido de otro idioma, es decir, del Galés.

Entonces, los galeses siguen el rastro de los fragmentos de la "nube de gloria" en su habla común, y ese sábado comenzaron a mostrar, tímidamente en muchos casos, su plena conciencia de que los hechos informados guardaban una estrecha relación con sus derechos y tradiciones más antiguas. La comparación no es muy justa, pero imagine al viejo John Durbeyfield, personaje de una novela de Thomas Hardy, despertando repentinamente de un largo sueño en un salón aristocrático del siglo XIII, atendido por pajes arrodillados, mientras le sonríen dulces mujeres vestidas con trajes medievales de seda.

En la tarde de ese sábado, los ancianos recibieron una serie de historias que sus padres les habían contado cuando se sentaban frente a la chimenea durante las noches invernales hace cincuenta, sesenta o setenta años, historias que mencionaban la maravillosa campana de San Teilo, que había navegado en los mares vidriosos de Sión, los cuales recibieron el nombre de trozo del Paraíso, "y el sonido de la campana era semejante a un coro de ángeles perpetuo".

Esa tarde los más ancianos recordaron dichas historias y se las contaron a los jóvenes en las calles del pueblo y en los senderos profundos que conducían hacia altas colinas. El sol rojo como el fuego se escondió detrás de la montaña como si fuese una ofrenda en llamas, el color del cielo se tornó violeta, el color del mar, púrpura, mientras unos les hablaron a otros sobre la maravilla que había regresado a la tierra después de largas décadas.

Capítulo 5

La rosa de fuego

Durante los siguientes nueve días contando a partir de ese sábado de junio, pienso que fue el primer sábado de junio, los habitantes de Llantrisant y de todos los sectores aledaños experimentaron una extraña sucesión de alucinaciones o fueron testigos de grandes maravillas.

Este no es el lugar para encontrar el equilibrio entre dos posibilidades. Sin lugar a dudas, la evidencia es fácilmente asequible; la materia está abierta a investigaciones sistemáticas.

Es importante señalar que: el hombre común, en las etapas comunes de su vida, acepta, por lo general, la evidencia que le ofrecen sus sentidos, y tiene toda la razón en confiar en ellos; por ejemplo, si alguien dice que ve una vaca y un muro de piedra es porque la vaca y el muro de piedra están "allí."

Esta idea se aplica bastante bien a todos los fines prácticos de la vida; sin embargo, creo que los metafísicos no están muy conformes respecto de la realidad del muro de piedra y de la vaca. Quizás puedan aceptar que ambos objetos están "allí", en el sentido de que nuestro reflejo se ve en un cristal. Existe una realidad, pero cabe preguntarse si existe una realidad externa a nosotros mismos. En todo caso, si hablamos de una existencia real, una cosa es segura, ésta no concuerda para nada con la concepción que tenemos de ella. Si examinamos una hormiga bajo el lente del microscopio, nos daremos cuenta rápidamente de que no vemos las cosas tal como son, aún suponiendo que las vemos. Si pudiéramos "ver" a la vaca real, nos parecería totalmente increíble, tan increíble como las cosas que relataré a continuación.

Cabe señalar que no hay nada menos creíble que las historias de la luz roja sobre el mar, varios marineros a bordo de pequeños barcos de cabotaje, que estuvieron trabajando en el canal ese sábado por la noche, afirmaron "haber visto" esa luz roja, dicho sea de paso, las versiones concordaban bastante. Todos los testigos coinciden en que este hecho ocurrió entre la medianoche del sábado y la una de la madrugada del domingo. Dos de los marineros señalaron con exactitud la hora de la aparición, según sus propios cálculos fue a las 12:20 a.m.

La historia es la siguiente: Una luz roja, una chispa encendida que fue divisada a lo lejos en la oscuridad, que en un primer momento fue confundida con una señal, probablemente una señal enemiga, la luz comenzó a avanzar a una inmensa velocidad, uno de los tripulantes pensó que era la portilla de un nuevo tipo de barco a motor de la armada, ya que alcanzaba una velocidad inimaginable de cien o ciento cincuenta nudos por hora. No obstante, después de observarla con mayor detenimiento, se descartó que esta velocidad fuera terrestre. Primero, se pensó que era una chispa roja en la distancia lejana, luego una especie de lámpara, pero finalmente ésta se convirtió en una enorme rosa de fuego que llenó todo el mar y todo el cielo, que ocultó las estrellas y que tomó posesión de la tierra. Uno de los marineros pensó que se trataba del fin del mundo. Y de un instante a otro, había desaparecido, cuatro miembros de la tripulación señalaron que había una chispa roja en Chapel Head, donde se sitúa la antigua capilla gris de San Teilo, en altura respecto del nivel del mar, una hendidura en las rocas calizas.

De este modo, las historias de los marineros son increíbles, pero en realidad no lo son tanto. Creo que las eminencias en ciencia física han declarado que la manifestación de dichos fenómenos caben dentro de la categoría de lo maravilloso, fenómenos que se oponen absolutamente a todo orden natural, tal como lo conocemos; y puede decirse que nadie se interesa demasiado por estos temas. “Siempre han sucedido este tipo de cosas”, me comentó mi amigo. Sin embargo, aunque estos hombres hayan vivido con fuego o sin el mismo, no cabe duda de que ahora está en su interior, ya que quemó sus ojos. Ellos se sintieron purificados como si hubiesen pasado por el Horno de los Sabios, el cual se rige por la Sabiduría que conoce todo alquimista. Hablaron sin mayor dificultad sobre lo que habían visto o les había parecido ver, pero apenas se refirieron a lo que sintieron sus corazones cuando, por un instante, la gloria de la rosa de fuego estuvo frente a ellos.

Algunas semanas después todavía permanecían, por así decirlo, asombrados; casi incrédulos. Si sólo se trataba de aquella manifestación espléndida y flamígera que apareció y luego desapareció, creo que ellos mismos no darían crédito a sus sentidos y negarían la verdad de sus propias versiones. Y nadie se atrevería a aseverar la posible equivocación de estas personas. Desde luego, se escucha con respeto a hombres como Sir William Crookes y Sir Oliver Lodge, quienes respaldaron la invalidación de algunas leyes conocidas por nosotros, cuyos fundamentos nos parecen mucho más sólidos o firmes que las viejas colinas. Ellos pueden tener justificación, pero en nuestros corazones persiste la duda; por ejemplo: no podemos creer totalmente en el hecho de que levitó una mesa sólida sin ayuda mecánica, debido a que esto se opondría a lo que denominamos “ley de gravedad”. Sé lo que podría comentarse; sé que no se ha puesto en duda verdaderamente la “ley” en este caso; y que la ley de gravedad significa lo siguiente: nunca se ha visto elevarse una mesa sin ayuda

mecánica o nunca se ha visto elevarse a los cielos una manzana que se desprendió de la rama de un árbol, ya que lo normal es que caiga al suelo. La denominada “ley” es sólo la suma de la observación común y nada más. Sinceramente, no creemos que se eleven las mesas; mucho menos pensamos que

la rosa de fuego, por un momento, se haya tragado el cielo, el mar y las costas galesas durante junio pasado; y entonces los hombres que aseguran haber presenciado la rosa de fuego habrían inventado cuentos de hadas; sin embargo, lo reitero, si no hubiese sido por lo que sentían en su interior.

Todos estos hombres afirmaron que, ahora era cierto que decían la verdad, desapareció todo dolor, malestar o padecimiento de sus cuerpos cuando experimentaron la visión de la rosa de fuego. Uno de ellos se había envilecido completamente y su sentido del humor se había tornado cada vez más cáustico, debido a que había consumido una gran cantidad de alcohol en el bar "Jobson's Hole" cercano al puerto de Cardiff Docks; este hombre se sentía muy enfermo, por lo que decidió levantarse de su litera y salir a tomar un poco de aire fresco; y en sólo un instante dejó de sentir pánico e intensas náuseas. Otro hombre estaba al borde de la desesperación por el dolor lacerante y virulento de un absceso en una muela, pero cuando estuvo cerca de la llama de color rojo, sintió como si algo se hubiera desprendido brutalmente de su mandíbula, llevándose todo el malestar; apenas podía creer que un momento antes sentía tanto dolor.

Y todos ellos dan fe de una extraordinaria exaltación de los sentidos, la cual es indescriptible, por ende, no existe manera de que ellos puedan explicar dicho fenómeno. Aún permanecen muy sorprendidos, declaran no saber, en absoluto, lo que sucedió; pero no es posible negar su evidencia, así como no es posible negar la evidencia de un hombre que afirma que el agua es húmeda y el fuego, quemante.

Uno de ellos expresó: “Me sentí un poco extraño después”, “Y me sujeté al mástil, pero no puedo explicar lo que sentí cuando lo toqué. No sabía que tocar un objeto como un mástil, me ayudaría más que un gran trago de agua si estuviese sediento o una almohada si tuviese sueño”.

Escuché otros ejemplos de este estado de las cosas, debo llamarle así, aunque sé que falta precisión, debido a que no puedo expresarlo de otra forma. No obstante, supongo que todos coincidimos en que no tiene importancia el impacto promedio del mundo externo sobre los sentidos de la salud del hombre promedio. El impacto promedio: un grito estremecedor, el estallido de un neumático, un ataque violento sobre los nervios auditivos del hombre promedio, le irritarán y él podrá decir “¡maldición!”. Entonces, por otra parte, el hombre que no se haya “adaptado”, se molestará e irritará con facilidad si alguien se abre paso a empellones dentro de la multitud, si suena la campana o si se cierra con brusquedad un libro.

Según lo que puedo juzgar a partir de la conversación de estos marineros, el impacto promedio del mundo externo se ha convertido en una fuente de placer para ellos. Están con los nervios de punta, pero dispuestos a recibir impresiones sensuales y exquisitas; por ejemplo, tocar un mástil áspero se transformó en una alegría infinita superior al contacto de la seda fina con algunas pieles sensibles. Ellos bebieron agua y miraron fijamente como si hubiesen sido expertos en gastronomía probando un vino fantástico; el lastimero crujido del barco a marcha lenta era refinado como la tocata y fuga de J.S. Bach para un músico amateur.

Y entonces, estos rudos compañeros tenían sus altercados, conflictos, discrepancias y envidias como todo el mundo, pero todo aquello se terminó cuando vieron la rosa de fuego; los viejos enemigos se dieron la mano sinceramente y se rieron a carcajadas cuando reconocieron lo tontos que habían sido; uno de ellos dijo: "No puedo explicar como pasó o qué fue lo que sucedió realmente, pero cuando tenemos el mundo a nuestros pies y alcanzamos la gloria, cómo podríamos pelearnos por cinco monedas.

La iglesia de Llantrisant es un ejemplo típico de una parroquia de Gales, antes del período maligno y horroroso de "restauración".

Este inframundo es un palacio de mentiras y de todas las mentiras absurdas, no hay nada más disparatado que cierto relato impreciso acerca de los masones libres y aceptados medievales, un relato que de alguna manera se impuso en el frío intelecto del historiador Hallam. En resumen, la historia es la siguiente: durante el período Gótico, el arte y la artesanía de la construcción de iglesias quedaba en manos, de todos modos, de la cofradía errante de "masones libres y aceptados", dueños de varios secretos relacionados con la construcción y ornamentación, que empleaban a donde quiera que fuesen. Si fuera cierto este sinsentido, la Catedral de Colonia sería como la Catedral de Colne y la Catedral de Arles sería como la Catedral de Abingdon. Es de una falsedad absoluta que casi todos los condados, sin considerar cada país, tengan su propio sello distintivo en la arquitectura gótica. Arfon queda al oeste de Gales; sus iglesias tienen sellos y características que las distinguen de las iglesias del este de Gales.

En la iglesia de Llantrisant se conserva aquella primitiva división entre la nave y el presbiterio, la cual muy poca gente se rehusaría a reconocer como el equivalente del iconostasio oriental y como el origen del coro alto occidental. Un muro sólido separa la iglesia en dos partes; en el centro se encuentra una abertura estrecha con un arco de medio punto a través del cuál aquellas personas sentadas en el medio del templo pueden ver el pequeño altar

alfombrado de rojo y las tres ventanas lancetadas sobre éste.

El “atril de lectura” se encuentra en el lado externo de la división de este muro y aquí el pastor realiza el servicio religioso y el coro se agrupa en los asientos dispuestos en torno a él. En el lado interior están los bancos destinados a ciertas casas privilegiadas del pueblo y del distrito.

El domingo en la mañana la gente ocupaba sus lugares habituales, su mirada era de júbilo y estaban expectantes, pero no sabían por qué. Las campanas dejaron de sonar, el pastor vestido con un antiguo y amplio sobrepelliz se acercó al atril de lectura entonando el himno: “My God, and is Thy Table spread” (Dios mío, está tu mesa extendida).

Y cuando comenzaron a cantar, todas las personas que estaban en los asientos cercanos al muro, se levantaron de sus lugares y salieron en masa por el arco de medio punto hacia la nave. Ocuparon los asientos que pudieron encontrar en la iglesia, mientras el resto de la congregación los miraba con asombro.

Nadie sabía lo que había sucedido. Aquellas personas cuyos asientos se encontraban cerca de la nave lateral de la iglesia dirigieron la mirada hacia el presbiterio en busca de una explicación. No obstante, de alguna manera la luz brilló con tal intensidad desde las ventanas sobre el altar, aquellas eran las únicas ventanas del presbiterio, a excepción de una pequeña ventana lancetada del muro sur, que nadie pudo ver nada.

Un hombre afirmó: “Fue como si un velo de oro adornado con joyas hubiese cubierto todo”. En realidad, quedaban fragmentos de vidrio con pintura antigua en las ventanas lancetadas del este. Sin embargo, habían pocas personas en la iglesia que no escuchaban una y otra vez las voces detrás del velo.

Capítulo VI

El sueño de Olwen

Las personas adineradas y distinguidas que abandonaron sus asientos en el presbiterio de la iglesia de Llantrisant y vinieron corriendo hasta la nave central, no fueron capaces de explicar su comportamiento. Simplemente, sintieron que debían hacerlo con rapidez, recibieron una especie de orden; las impulsaba una fuerza secreta e irresistible. Toda la congregación presente ese día estaba impresionada, aunque con regocijo en su corazón, porque ellos como los marineros que vieron la rosa de fuego en el mar, fueron inundados por una alegría literalmente inefable, ya que no podían expresarla con palabras o interpretarse a sí mismos.

Y ellos, como los marineros, sufrieron una especie de transmutación o el mundo sufrió una transmutación para ellos. Experimentaron lo que el doctor denomina una sensación de bienestar, pero no un bienestar cualquiera, sino uno elevado a la máxima potencia. Algunos hombres se sintieron jóvenes otra vez, los ojos cuya visión era reducida, ahora veían con perfecta nitidez; veían un mundo que era como un paraíso, el mismo mundo, es verdad, pero un mundo rectificado y resplandeciente como si la llama brillara en todas las cosas y detrás de todas las cosas.

La dificultad de registrar este estado radica en que la experiencia es tan rara que no hay palabras que puedan definirla como existente. Una sombra de su arrobamiento y de su éxtasis se encuentra en la más excelsa poesía. Existen frases en libros antiguos sobre los santos celtas, que dan indicios escasos de ella; algunos de los maestros italianos de la pintura la han conocido, puesto que su luz brilla en los cielos y en las batallas de sus ciudades fundadas sobre colinas mágicas, pero ésta es un rastro perdido.

La verdad es que no es poético ir al mesón de una botica en busca de un símil. Sin embargo, durante muchos años conservé un artículo de “The Lancet”, una revista médica británica, donde un doctor informaba sobre ciertos experimentos que había llevado a cabo con una droga llamada peyote o Anhelonium Lewinii. Cuando estuvo bajo la influencia de esta droga, el doctor cerraba los ojos e inmediatamente aparecían ante él, increíbles catedrales góticas de tal majestad, esplendor y gloria que jamás habían sido concebidas por algún ser humano. Parecían surgir desde las profundidades hasta lo más alto del cielo, sus chapiteles espiras se mecían entre las nubes y las estrellas, corroídas por una admirable imaginería. Si miraba fijamente, se daba cuenta

de que las piedras tenían vida, se movían y palpitaban, y que eran joyas resplandecientes: esmeraldas, zafiros, rubíes, ópalos de una tonalidad jamás vista por el ojo humano.

Me parece que esta descripción entrega una noción inexacta de la naturaleza del mundo trasmutado al cual estas personas habían accedido por mar, un mundo agitado, glorificado y lleno de placeres. La alegría y la admiración estaban en todos los rostros, pero la alegría y la admiración más profundas se veían en el rostro del pastor, debido a que él había escuchado a través del velo la palabra griega que significa “santidad”, tres veces seguidas. El pastor, que había asistido lleno de horror a una misa tridentina solemne cantada en una iglesia de otro culto, reconoció el perfume del incienso que había invadido el lugar de un extremo a otro.

Fue ese sábado en la noche cuando Olwen Phillips de Croeswen tuvo un maravilloso sueño. Tenía dieciséis años, pertenecía a una familia de trabajadores agrícolas y durante muchos meses estuvo condenada a muerte. La tuberculosis, que florece en climas húmedos y cálidos estaba haciendo estragos no sólo en sus pulmones, sino en todo su cuerpo. Ella había experimentado muchas veces mejorías falsas durante las primeras etapas de la enfermedad, pero las esperanzas ya se habían acabado y parecía que su deceso se acercaba a pasos agigantados. El doctor había venido ese sábado en la mañana con un colega. Ambos coincidían en que la joven se encontraba en una fase terminal de su enfermedad. El doctor le dijo a la madre: “Probablemente le quedan uno o dos días de vida”. El doctor regresó el domingo en la mañana y encontró a su paciente en peor estado de salud, luego la joven entró en un sueño profundo del cual su madre pensó que ella nunca despertaría.

La joven dormía en una habitación interior que se comunicaba con la habitación que ocupaban sus padres. La puerta entre las dos habitaciones se encontraba abierta, de modo que la señora Phillips podría escuchar si su hija la llamaba durante la noche, Olwen llamó a su madre esa noche, justo al amanecer. No se escucharon gemidos débiles del lecho de muerte, sino un grito estridente que llenó el hogar, un grito de inmenso júbilo. La señora Phillips se despertó muy sorprendida, preguntándose que habría pasado, y luego vio a Olwen, que no había sido capaz de levantarse de la cama en muchas semanas, de pie junto a la puerta iluminada con la tenue luz del nuevo día. La joven le dijo a su madre: “ ¡Mamá, Mamá!, todo terminó, estoy muy bien otra vez.”

La señora Phillips despertó a su esposo y se sentaron en la cama, no tenían la menor idea de lo que había sucedido, así lo manifestaron posteriormente. Su pobre hija estaba reducida a una sombra, se hallaba en su lecho de muerte, la vida se le escapaba cada vez que tomaba aliento, la última vez que había intentado hablar tuvieron que acercarse a sus labios para poder entender lo que decía. Y hace unas pocas horas se encontraba nuevamente de pie ante

ellos, sus padres pudieron percibir un cambio notable en ella bajo la luz tenue que la iluminaba. De hecho, la señora Phillips dijo que por un momento se había imaginado que los alemanes habían venido a matarlos durante el sueño y que estaban todos reunidos en el cielo, pero Olwen llamó otra vez y su madre prendió una

vela, trastabilló por toda la habitación, y allí estaba Olwen, alegre y rozagante otra vez, muy sonriente, sus ojos brillaban. Su madre la condujo a su habitación, dejó la vela en un velador, sintió la piel de su hija y comenzó a rezar y a llorar de alegría y satisfacción dando gracias por la bendición recibida. Abrazó a su hija para asegurarse de que no era un engaño. Y entonces Olwen le contó su sueño, aunque pensaba que no era un sueño.

La joven señaló que despertó sumida en una oscuridad profunda con la sensación de que la vida se le escapaba de las manos. Apenas podía mover un solo dedo, trató de gritar, pero no salía sonido alguno de sus labios. Sentía que dentro de muy poco tiempo abandonaría este mundo, su corazón estaba en agonía. En el momento preciso en que ella tomaba su último aliento, sintió un sonido dulce muy débil, similar a un tintineo de una campana de plata. Venía de muy lejos, más allá del pueblo de Tynewydd. Comenzó lentamente a salir de la agonía, se quedó escuchando; en ese instante percibió que el mundo se arremolinaba y que era posible su regreso; mientras que se hacía más intenso y fuerte el sonido de la campana, el cual estremecía todo su cuerpo, la vida estaba presente nuevamente. A medida que sonaba la campana y vibraba en sus oídos, una luz tenue tocaba el muro de su habitación, tornándose roja hasta que el mundo estaba totalmente envuelto en la rosa de fuego. Entonces, pudo ver a tres hombres frente a ella, estaban vestidos con túnicas de color rojo sangre, sus rostros brillaban. El primero de ellos sostenía una campana de oro en una mano; el segundo sostenía un objeto con forma de tablero plano; era similar a una gran joya de color azul, la recorrían ríos de plata y oro que fluían como corrientes rápidas, formando piscinas; daba la impresión de que se hubiesen derramado violetas en el agua. Posteriormente, cambiaba su color a verde similar al color del mar cerca de la orilla. Luego, con la llegada de la noche, se veían estrellas brillando en el cielo, el sol y la luna se escondían y se bañaban en estas aguas. El tercero sostenía encima del objeto anterior una copa que era como una rosa de fuego; " En esta copa había un gran incendio, gotas de sangre y una nube roja sobre ésta, y fui testigo de un gran secreto. Escuché una voz que cantó nueve veces: 'Glorifiquemos y alabemos al Conquistador de la Muerte y a la Fuente de la Vida Inmortal'. Finalmente, desapareció la luz roja del muro y era todo oscuridad, la campana sonó débilmente otra vez en Capel Teilo y me levanté para llamarte.

El lunes en la mañana vino el doctor, traía el certificado de defunción en su portafolio y Olwen corrió a su encuentro. He citado sus palabras en el primer capítulo de este registro: "Un tipo de resurrección de la carne". El doctor examinó exhaustivamente a la paciente; confirmó que ya no había rastros de la enfermedad. El domingo en la mañana dejó a una paciente en el estado de coma que precede a la muerte, un cuerpo condenado a la muerte, listo para ser sepultado; en cambio, el lunes en la mañana encontró en la puerta del jardín a una joven en quien la vida parecía brotar de una fuente, sonriendo y

regocijándose como si hubiese sido un río que surge de un pozo inagotable.

Ahora es el momento de formular una de esas preguntas, hay muchas de ellas que no tienen respuesta. La pregunta se relaciona con la continuidad de la tradición, especialmente entre los celtas galeses contemporáneos. Por una parte, las olas y las tormentas han caído sobre ellos. La ola de los sajones páganos cayó sobre ellos, luego, la ola de medievalismo latino, posteriormente, la ola del anglicanismo; la última de todas, la inundación del metodismo calvinista, mitad puritano, mitad págano. Cabe preguntarse si algún recuerdo posiblemente había sobrevivido a semejante cadena de diluvios. Anteriormente he señalado que los ancianos de Llantrisant tienen sus historias sobre la campana de San Teilo, pero éstas son una serie de recuerdos incompletos y vagos. Luego, tenemos el nombre que designa a los "extraños" que fueron vistos en el mercado, una denominación que es mucho más exacta. Los estudiantes de la leyenda del Santo Grial sabían que la persona que custodia el mismo es el "Rey Pescador" o el "Rico Pescador". Los estudiantes de la hagiografía celta saben que esto es parte de una profecía anterior al nacimiento de Dewi (Rey David), que este protector debería ser "un hombre de vida acuática"; otra leyenda habla de un pequeño niño, destinado a ser un santo, que fue encontrado sobre una piedra del río, todos los días el niño recibía un pez en esa piedra para su alimentación. Si mal no recuerdo, había otro santo galés llamado Hilario, conocido expresamente como "El Pescador". Cabe preguntarse si en la actualidad estos recuerdos aún persisten en la memoria de los feligreses de Gales. Es difícil expresarlo con exactitud. Existe el caso del Vaso de los Nanteos, al cual se le atribuyen propiedades curativas, también es conocido como Vaso Sanador de Tregaron. Hace algunos años se mostró dicho objeto a un vagabundo, quién lo contempló con indiferencia. Luego de pasar una noche desdichada, como él mismo manifestó, regresó arrepentido y se le permitió estar a solas con la vasija sagrada para rezar, "hasta obtener una muy ansiada tranquilidad", este hecho ocurrió en 1887.

Por lo que a mí respecta, conozco superficialmente al Gales moderno, lamento decirlo, recuerdo que hace tres o cuatro años tuve una conversación con mi arrendador de ese entonces sobre ciertas reliquias de San Teilo, las cuales supuestamente están en manos de una familia particular de ese país. El arrendador, un hombre jovial y alegre, cambió repentinamente de humor, para mi gran sorpresa, desapareció su carácter afable junto con sus buenos modales. Dijo muy seriamente: "Eso estará allá, en lo alto de la montaña", apuntando distraídamente hacia el norte. Y así cambió el tema, tal como lo hacen los masones libres y aceptados.

De acuerdo a los hechos expuestos, se puede obtener la siguiente conclusión respecto a la historia de Llantrisant, en realidad, el sueño de Olwen era la visión del Santo Grial.

Capítulo 7

La misa tridentina solemne del Santo Grial

¡FFEIRIADWYR Melcisidec! Ffeiriadwyr Melcisidec!, gritó el diácono metodista calvinista de barba gris. "¡Sacerdocio de Melquisedec!, ¡Sacerdocio de Melquisedec!"

Y así continuó:

"¡La campana que es como...(emitió sonidos ininteligibles)... ha regresado la alegría de los ángeles en el Paraíso, ha regresado el altar de un color imposible de reconocer para el hombre, ha regresado el Vaso de Sión, se ha restablecido la antigua ofrenda, los tres Santos han regresado a la Iglesia de Llantrisant, los tres Santos Pescadores están entre nosotros y sus redes están llenas...(emitió sonidos ininteligibles) gloria, gloria!"

Entonces otro metodista comenzó a recitar en galés un verso del Himno de Wesley:

Dios aún respeta tu sacrificio

su sabor dulce siempre satisface;

la humareda de la ofrenda se esparce por la tierra y los cielos

difundiendo la vida, la alegría y la paz;

llega a tus tribunales

inferiores y los llena de

perfumes divinos

La iglesia estaba impregnada, tal como se dice en los antiguos libros, de las fragancias de las especias más exóticas. Las luces brillaban dentro del santuario a través del estrecho arco de medio punto.

Este fue el comienzo del fin de lo que acaeció en Llantrisant. Era el domingo posterior a la noche en que Olwen Phillips había regresado de la muerte. Ese día no abrieron sus puertas los templos de los Disidentes. Los Metodistas, junto con sus ministros y sus diáconos y todos los Inconformistas habían retornado

ese día a “la antigua colmena”. Se les podría definir como una iglesia del medioevo, una iglesia de la Irlanda actual. Todos los asientos, excepto los del presbiterio, estaban ocupados, habían muchos asistentes en

las naves laterales y en el cementerio de la Iglesia; todos los fieles estaban de rodillas y el anciano pastor estaba arrodillado ante la puerta que conducía al lugar sagrado.

Poco se puede decir de lo que ocurría detrás del velo, no hubo intentos de llevar a cabo el servicio habitual; cuando habían dejado de sonar las campanas, el antiguo diácono elevó su grito y el sacerdote y los feligreses se pusieron de rodillas, ya que pensaron que habían escuchado a un coro cantando "Aleluya, aleluya, aleluya." Cuando dejaron de sonar las campanas de la torre, se sintió el estremecimiento de la campana de Sión y el velo dorado de la luz del sol entró por la puerta, llegando hasta el altar y las voces celestiales entonaron sus melodías.

Una voz similar al ruido de una trompeta retumbaba en medio del

resplandor: Agyos, Agyos, Agyos.

Y la gente como si se hubiese transportado a otra época, contestó:

Agyos yr Tad, agyos yr Mab, agyos yr Yspryd Glan. Sant, sant,

sant, Drindod sant vendigeid. Sanctus Arglwydd Dduw Sabaoth,

Dominus Deus.

Se sintió una voz que gritó y cantó en el altar; la mayoría de la gente había escuchado un eco débil de ella en la capilla; una voz que se elevaba, que bajaba de volumen y que volvía a elevarse con modulaciones espantosas que sonaban como la trompeta del último ángel. La gente se golpeaba el pecho, sus rostros estaban anegados en lágrimas, puesto que eran testigos de la gloria del velo. Plantearon después que los hombres de las colinas, los cuales se encontraban a aproximadamente treinta dos kilómetros de distancia, escucharon ese clamor y el canto rugiendo con el viento, lo sintieron en sus rostros y gritaron: “Ya se ha entregado la ofrenda”, sin saber lo que decían.

Pocas personas vieron a los tres hombres salir de la puerta del santuario y detenerse por un momento a un paso de la puerta. Los tres vestían ropas teñidas de un color rojo sangre. Uno de ellos se detuvo entre los otros dos, mirando al oeste y tocó la campana. Dijeron que los pájaros del bosque, las aguas del mar, las hojas de los árboles y los vientos de las altas rocas expresaron sus voces en el tintineo de la campana. Y el segundo y el tercero, se miraron uno al otro, el segundo sostenía el altar perdido, el que alguna vez

llamaron Sapphirus, que era como el cambio del mar y del cielo y como la mezcla de oro y plata; y el tercero levantó una copa sobre el altar, de color rojo por el fuego y la sangre de la ofrenda.

Entonces, el anciano pastor alzó la voz en la entrada: “Bendita sea la ofrenda por los siglos de los siglos”.

Luego, se dio por terminada la misa tridentina solemne del Santo Grial y comenzó el paso a esta tierra de las personas y cosas santas que habían regresado después de largos años. En realidad, les parecía a muchos que el sonido estremecedor de la campana estuvo en sus oídos por días, incluso semanas después de ese domingo por la mañana. Sin embargo, desde entonces nadie volvió a ver la campana, el altar o la copa; es decir, no al menos de manera visible, sino en sueños diurnos y nocturnos. Nadie volvió a ver a los Extraños en el mercado de Llantrisant, ni siquiera en los lugares solitarios donde ciertas personas oprimidas por una gran aflicción o tristeza los habían encontrado en una o dos ocasiones.

No obstante, aquella visita nunca será olvidada por la gente. Sucedieron muchas cosas en los nueve días que no fueron consignados en este registro o leyenda. Algunas de ellas fueron asuntos triviales, aunque muy extraños en otras épocas. De este modo, un hombre del pueblo que tenía un perro feroz, el cual siempre permanecía encadenado, descubrió que la bestia se había transformado en una criatura mansa y afectuosa.

Y este caso es más extraño aún, Edward Davies, un trabajador agrícola, de Lanafon, despertó una noche por unos aullidos y ladridos raros que sintió en su jardín. Se asomó por la ventana y vio a su perro ovejero jugando con un zorro grande, se perseguían por turnos, se revolcaban, “brincaban haciendo piruetas, nunca había visto algo semejante”, señaló el asombrado granjero. Algunas personas afirman que durante esa temporada se incrementó considerablemente la cosecha de maíz, crecieron los pastizales, y se multiplicó la fruta en los árboles de una manera maravillosa.

El caso del señor Williams, dueño del almacén, parece ser más sorprendente; aunque esto podría ser simplemente una afortunada coincidencia. Mary, la hija del señor Williams estaba comprometida en matrimonio con un joven que vivía en Camarthen; sin embargo, el tema del matrimonio ponía muy tenso al señor Williams, debido a su inestable situación económica, pensaba que los festejos de boda no iban a estar a la altura de las circunstancias. Se había fijado la fecha del enlace para el sábado, el mismo día en que se habían reconciliado el abogado Lewis Prothero y el granjero Philip James. Y este señor John Williams, sin dinero o crédito, se sentía embargado por la vergüenza de estos festejos que iban a ser tan modestos y austeros. El martes de esa semana recibió una carta de su hermano, David Williams, de Australia, del cual no tenía noticias

hace quince años. Al parecer, David había reunido mucho dinero durante estos años, y todavía era soltero, junto con la carta se adjuntaba un documento válido por mil libras, decía:

“Disfrútalo ahora, no tiene sentido que esperes hasta el día de mi muerte”. Se podría decir que esto era suficiente, pero una hora después de la llegada de la carta, recibió la visita de la vecina de la casa grande, la señora Watcyn, una mujer muy distinguida y adinerada, ella entró a su almacén y le dijo: “Señor Williams, su hija Mary siempre ha sido una buena persona, por eso mi marido y yo deseamos hacerle un regalo de bodas; esperamos que ella sea muy feliz: era un reloj de oro que valía quince libras. Después de la señora Watcyn, vino el anciano doctor y le trajo una docena de botellas de oporto, de cuarenta años, además le dejó una serie de instrucciones de cómo decantarlo. La esposa del antiguo pastor le regaló a la bella novia muchos metros de tela para usarla como velo y le contó a Mary cómo ella misma lo había usado el día de su boda hace cincuenta años. Y el señor Watcyn, como si su esposa no les hubiese hecho un regalo muy fino, llamó al señor Williams desde su caballo, y le dijo con tono destemplado: “¿Así es que va a tener una boda, Williams? No hay boda sin champagne, no sería legal, ¿verdad? Pase a buscar un par de cajas”. De esta manera, Williams cuenta la historia de los regalos; sin lugar a dudas nunca hubo una boda más famosa en Llantrisant.

Por supuesto, todo esto podría haberse dado en un orden natural; el “resplandor”, como ellos lo llaman, parece muy difícil de explicar. Los habitantes de Llantrisant plantean que durante nueve días, y en realidad después de que había pasado ese período, nunca hubo una persona cansada o enferma en el pueblo o en sus alrededores. En el caso de que una persona pensara que el trabajo físico o mental iba a exceder sus fuerzas, espontáneamente se veía invadida por un repentino resplandor y un estremecimiento cálidos, que la hacían sentir fuerte como un gigante y feliz como nunca lo había sido en toda su vida. De manera que el abogado y el coberturista se regocijaban frente a la importante tarea pendiente, como si fuera coser y cantar.

Lo más maravilloso de todas estas grandezas era el perdón, que traía como consecuencia el amor. Hubo encuentros de antiguos enemigos en el mercado y en las calles de Llantrisant que levantaron las manos y afirmaron haber caminado por las milagrosas calles de Sión.

No obstante, respecto a los “fenómenos” o sucesos extraordinarios que denominamos “milagros”, en las conversaciones comunes; me pregunto qué es lo que sabemos. Nuevamente surge la duda relacionada con la posible sobrevivencia de las tradiciones antiguas en un tipo de estado de semiconciencia adormecido o tórpido. En otras palabras, cabe preguntarse si la gente vio o escuchó lo que esperaba ver o escuchar. Este punto o uno similar se discutió en un debate entre Andrew Lang y Anatole France en cuanto a las visiones de Juana de Arco. France señaló que cuando se apareció San Miguel

ante Juana de Arco, ella vio al arcángel tradicional del arte religioso de su época, pero por lo que yo entiendo, Andrew lang demostró que la visión descrita por Juana de Arco no concordaba en absoluto con la concepción del siglo XV de San Miguel; por lo tanto, en el caso de

Llantrisant, he planteado que había un tipo de tradición sobre la Campana Sagrada de San Teilo; por supuesto es prácticamente imposible que haya llegado alguna noción vaga del Santo Grial a los campesinos galeses a través de los Idilios de Alfred Tennyson. Hasta ahora no veo razón para suponer que estas personas hayan escuchado alguna vez sobre el altar portátil, (llamado Sapphirus en la obra de Guillermo de Malmesbury) o de sus colores cambiantes "que ningún hombre puede distinguir".

Y entonces, surgen otras interrogantes respecto de la diferencia entre alucinación y visión, de la duración promedio de cada una de ellas y de la posibilidad de una alucinación colectiva. Una de ellas es: si un número determinado de personas ven o cree que ven las mismas apariciones, ¿se podría hablar simplemente de una alucinación? Creo que existe un caso destacado en la materia, el cual involucra un número determinado de personas que son testigos de las mismas apariciones en el muro de una iglesia de Irlanda, pero por supuesto se presenta el inconveniente de que uno pueda sufrir alucinaciones y que comunique en forma telepática su impresión a otras personas.

Pero finalmente, ¿qué es lo que sabemos?